

diantes o de vuestros dioses al oír esas gracias, al ver las jugadas que se les hace? Son puestos en ridículo “Anubis adúltera” y “La Luna macho”, y “Diana azotada”, y “La apertura del testamento de Júpiter muerto”, y “Los tres Hércules hambrientos”.

Y los versos de los actores trágicos sacan al público las torpezas de vuestros dioses. Lloro el Sol a su hijo precipitado del cielo, y eso os divierte; suspira Cibeles por un desdenoso pastor, y no os sonrojáis, y aguantáis el que se canten las aventuras de Júpiter y que Juno, Venus y Minerva sean juzgadas por un pastor.

Y ¿qué pasa cuando la imagen de un dios vuestro viste una cabeza ignominiosa e infame; cuando un cuerpo impuro y avezado a ese arte por vida afeminada representa a Minerva o a Hércules? ¿No queda violada la divina majestad y ultrajada la divinidad mientras vosotros aplaudís?

Sois, sin duda, más religiosos en el anfiteatro, donde danzan vuestros dioses sobre la sangre humana, sobre los manchados despojos de los ajusticiados, porque suministran a los criminales argumentos e historias, a menos que los criminales no representen al natural el papel de vuestros dioses.

Vimos en otro tiempo castrar a Atis, aquel dios famoso de Pesinonte, y a otro que exponía a Hércules quemado vivo. Nos reímos también, en los crueles intermedios del mediodía, de Mercurio, quien probaba a los muertos con el fuego. Vimos asimismo al hermano de Júpiter sacar a martillazos los cadáveres de los gladiadores.

Y cosas como éstas, ¿quién podrá todavía investigarlas una por una? Si perturban al honor de la divinidad, si rebajan las cumbres de la majestad, provienen ciertamente tanto del desprecio de los que las representan como de aquellos para quienes se representan.

¡Pero los juegos, juegos son! Si yo añadiese —lo que vuestras conciencias no dejarán de reconocer— que es precisamente en los templos donde se conciertan los adulterios: que entre las aras se consuman los tratos infames, que con toda frecuencia se sacia la pasión en las celdillas mismas de los guardas del templo y de los sacerdotes, bajo las bandas, los bonetes y la púrpura, mientras arde el incienso, no sé si vuestros dioses no se quejarán más de vosotros que de los cristianos. Lo cierto es que los sacrílegos apresados son siempre de los vuestros, porque los cristianos no frecuentan vuestros templos ni durante el día, aunque quizás ellos también los despojasen si los venerasen.

Pues luego, ¿qué adoran los que a tales dioses no adoran? Ya se entiende con certeza que son adoradores de la verdad los que no lo son de la mentira y que no viven más en el error, que abandonaron cuando reconocieron estar en el error.

Por de pronto comprended bien esto y luego enteraos de la trama de nuestra religión, pero pisoteando antes vuestros falsos prejuicios.

B. CULTO DE LOS CRISTIANOS.

a) Lo que no es.

(*Cap. XVI.*) Pues vosotros, como algún autor, soñásteis que una cabeza de asno ⁵⁶ era nuestro dios. Tamaña sospecha fue lanzada por Cornelio Tácito, porque éste, en el libro de sus *Historias*, que trata de la guerra de los judíos desde los orígenes de su nación, tanto cuando estudia el origen mismo como cuando habla del nombre y religión de aquel pueblo, diciendo cuanto le viene en talante, refiere que los judíos, al salir de Egipto desterrados, según él creía, viéndose en los vastos desiertos de Arabia enteramente faltos de agua y atormentados por la sed, emplearon como guías unos asnos salvajes que pensaban iban a beber agua después de pastar, y que así encontraron fuentes, y que por este servicio habían consagrado la figura de animal semejante.

Y he ahí por donde opino ha dado en presumirse que nosotros también estamos emparentados con la religión judaica y somos iniciados en el culto del mismo ídolo. Mas ese mismo Cornelio Tácito ⁵⁷, tan fecundo en patrañas, refiere en la misma historia que Cneyo Pompeyo, habiendo tomado Jerusalén, entró en el templo para sorprender los misterios de la religión judaica, sin encontrar allí ídolo alguno. Y, sin embargo, si lo que allí se adoraba hubiera estado representado en alguna imagen, en ningún otro lugar mejor que en su santuario se hubiera exhibido, cuanto más que, aun siendo vano su culto, no tenía por qué recelar testigos de fuera, pues sólo a los sacerdotes era lícito el acceso, quedando impedida la vista a los demás por el velo extendido.

56. La onolatría era una de las especies más burdas que circulaban contra los cristianos, como consta también por el famoso grafito del Palatino de Roma, en que *Alexamenos*, fiel cristiano, está adorando a un asno crucificado.

57. Tráelo Tácito en el libro V de sus "Anales", no en el IV, como Tertuliano dice en su *Ad nationes*.

Mas vosotros no negaréis que adoráis a todas las bestias de carga y a caballos completos con su Epón⁵⁸. He ahí quizá por qué se achaca a los cristianos el ser únicamente asinarios entre los adoradores de todos los animales y bestias.

Mas el que nos cree adoradores de la cruz es correligionario nuestro. Cuando un palo cualquiera es adorado, poco importa su aspecto mientras la calidad de la materia sea la misma, poco importa la forma del madero si se piensa es el cuerpo mismo del dios. Y en realidad, en qué se distinguen del tronco de una cruz Palas de Atenas y Ceres de Faros, en Egipto, los que son expuestos sin imagen en la figura de un grosero poste y de un informe trozo de madera? Parte de cruz es todo leño que se fija en posición vertical. Después de todo, si nosotros adoramos una cruz adoramos al dios entero. Dijimos ya que el origen de vuestros dioses de la cruz lo tomaron los escultores.

Pero adoráis también a las victorias, pues cruces forman las entrañas de los trofeos⁵⁹. Toda la religión militar de los romanos venera las banderas, jura por las banderas, pone las banderas por encima de todos los dioses. Todas esas imágenes con que adornáis las banderas son adorno de cruces. Alabo vuestro gusto: no habéis querido consagrar cruces desnudas y sin ornato.

Otros, formándose de nosotros una idea más humana que verosímil, creen que el sol es nuestro Dios. Si tal es se nos tendrá por persas, bien que nosotros no adoremos al sol pintado en lienzo, teniendo por doquier al sol mismo en la bóveda celeste⁶⁰.

Para terminar, el origen de tal sospecha es el hecho harto notorio de volvernos al Oriente para orar. Pero muchos de entre vosotros, afectando a veces adorar a las cosas celestiales, se levantan al sol naciente moviendo los labios.

Y asimismo, si nos damos a la alegría en el día del sol (el domingo), por razón muy distinta que la de tributar culto al sol, seguimos en

58. Epona era la diosa romana de los caballos, asnos y mulos, en lengua celta *epo*.

59. Eran postes con un travesaño superior en figura de T o de cruz.

60. El culto al sol o Mitra se divulgó también mucho en Occidente, siendo famosos los misterios mitrácos, en algunos puntos parodia de los cristianos. El demonio es simio de Dios.

ello a los que destinan el día de Saturno ⁶¹ a comer y holgar, sin seguir por ello la costumbre judía, que desconocen.

Pero se ha publicado en esta ciudad una nueva representación de nuestro Dios: un criminal, contratado para excitar a las bestias, ha expuesto en público cierto cuadro con esta inscripción: “*DEUS CHRISTIANORUM ONOKOITES*”: El Dios de los cristianos, raza de asno.

Semejante dios tenía orejas de asno, un pie de cuerno, llevaba un libro en la mano e iba vestido de toga. Nos hemos reído del nombre y de la figura.

Pero debieran nuestros adversarios haber adorado aquel dios bi-forme (Anubis egipcio), habiendo acogido a divinidades con cabeza de perro y de león, con cuernos de cabra y de carnero, cabrones desde los muslos, serpientes desde los hijares, con alas en pies y espaldas.

He dicho todo esto sin ser necesario, no queriendo dejar de refutar a sabiendas ni uno solo de los cargos que la fama nos impone.

Volvámonos ya a demostrar nuestra religión y terminaremos de justificarnos de todas esas calumnias.

b) Lo que es el culto de los cristianos. Es el culto al Dios único.

(*Cap. XVII.*) Lo que adoramos es un solo Dios, quien por su palabra que manda, por su inteligencia que dispone, por su virtud que todo lo puede, ha sacado de la nada a toda esta mole con todo el documento ⁶² de sus elementos, de los cuerpos y de los espíritus que la componen, para servir de ornamento a su majestad. Por eso también los griegos dieron al mundo un nombre que significa ornamento, *kósmos*.

Invisible es (Dios), aunque se le vea; impalpable, aunque por la gracia se le tenga presente; inconcebible, aunque nuestras facultades puedan concebirle. Por eso es verdadero y tan grande: porque lo que comúnmente se puede ver y palpar es inferior a los ojos que lo ven, a las manos que lo tocan, a los sentidos que lo descubren. Mas lo que es inmenso sólo de sí es conocido.

61. *Día del sol* se dice todavía en inglés y en alemán al domingo, llamado así entre los cristianos por la Resurrección de Cristo. Algunos romanos observaban también el sábado o día de Saturno.

62. Las criaturas son instrumentos o documentos que nos hablan de las perfecciones del Creador.

ESO ES LO QUE PERMITE COMPRENDER A DIOS: LA IMPOSIBILIDAD DE COMPRENDERLE. Por donde la potencia de su magnitud le revela y le oculta a la vez a los hombres. Y en esto se resume toda su culpa: en no querer reconocer a Aquél a quien no pueden ignorar.

¿Queréis probemos la existencia de Dios por sus obras tantas y tales que nos conservan, nos sostienen, nos alegran, y aun por las que nos aterran? Por el testimonio mismo del alma, la que, si bien presa en la cárcel del cuerpo, o pervertida por una depravada educación, o debilitada por las pasiones y concupiscencias, o esclavizada a falsos dioses, cuando recapacita, cual si saliese de la embriaguez, o del sueño, o de alguna enfermedad, y recobra la salud, invoca entonces a Dios con ese único nombre porque el verdadero Dios único es. “¡Dios grande! ¡Dios bueno!” y “Lo que Dios diere”. He ahí la voz universal.

Reconócele también por juez al decir: “Dios lo ve”, y “A Dios me encomiendo, y Dios me lo pagará”.

“O TESTIMONIUM ANIME NATURALITER CHRISTIANÆ!” : “¡Oh testimonio del alma naturalmente cristiana!”⁶³.

Finalmente, al pronunciar esto, mira no al Capitolio, sino al cielo. Y es que conoce la sede del Dios vivo: de El, de allí ha descendido.

c) El culto cristiano es el revelado en las Escrituras.

(Cap. XVIII.) Mas para que lleguemos a un conocimiento más pleno y profundo de sus mandamientos y voluntades hanos dado además el documento de sus Libros *santos*, en los que puede *el hombre* buscar a Dios y, después de haberle buscado, hallarle; y, tras de hallado, creer en El; y, habiendo ya creído, servirle.

Para ello envió al mundo desde un principio varones dignos, por su justicia y su inocencia, de conocer a Dios y de darle a conocer; varones inundados por el divino Espíritu para anunciar que no existe sino un solo Dios, el que todo lo creó, el que formó al hombre del barro.

Porque éste es el verdadero Prometeo⁶⁴, quien dividió el tiempo

63. Expresión tan célebre como gráfica, que indica cómo el hombre, cuando no está pervertido, piensa y obra en cristiano, aunque el cristianismo no sea propiamente una exigencia connatural, sino obra de la gracia divina, lo mismo su doctrina que su moral.

64. Prometeo, hijo del titán Japeto, que, según la mitología, formó al hombre del barro de la tierra (Ovidio: *Metamorfosis*, I). El robó el fuego del cielo y enseñó a los hombres muchas cosas útiles, por lo cual le castigó Júpiter a un atroz y continuo tormento.

en períodos, los que empiezan y terminan conforme a leyes invariables, para anunciar en seguida qué signos de la majestad de sus juicios ha dado en las lluvias y en los relámpagos, qué leyes ha establecido para merecer bien de El, las que vosotros o ignoráis o abandonáis; qué premios ha destinado a los que las observan cuando, al fin de los tiempos, vendrá a juzgar a sus fieles para recompensarlos con la vida eterna y a los impíos para castigarlos con el fuego igualmente perpetuo y continuo, después de haber reanimado, resucitado y hecho el recuento de todos los hombres muertos desde el principio, a fin de distinguir a cada cual según su mérito.

De estas cosas también nosotros nos reímos antaño. De los vuestros fuimos; *hácense, no nacen los cristianos* ⁶⁵: FIUNT, NON NASCUNTUR CHRISTIANI.

Los predicadores de quienes hemos hablado son llamados profetas por su misión de predecir ⁶⁶. Sus palabras y sus obras robustas, que ejecutaban para hacer creer en la divinidad, en los tesoros de los Libros *santos* permanecen, y éstos no están escondidos. El más sabio de los Tolomeos, a quien dan el sobrenombre de Filadelfo ⁶⁷, versadísimo también en todo género de letras, emulando, según opino, a Pisístrato en la afición a las bibliotecas, entre otras historias recomendadas a la fama, bien por su antigüedad, bien por alguna curiosidad, por sugerencia de Demetrio de Falero, el más célebre gramático de aquel entonces, al que entregó la prefectura *de la biblioteca*, pidió también sus libros a los judíos, o sea, los escritos propios suyos concebidos en su lengua, y de los que eran únicos poseedores.

En efecto, de ellos salieron y a ellos hablaron siempre los profetas, es decir, al pueblo propio de Dios, por consideración a sus padres. Los que ahora se llaman judíos antes se llamaban hebreos, por donde su literatura y su lengua se llaman hebraicas.

Mas para que Tolomeo pudiese entender esos libros facilitáronle otro servicio, dándole setenta y dos intérpretes, a quienes el propio

65. Es frase que luego repetirá en sus cartas San Jerónimo.

66. El profeta llámase tal, ante todo, por estar en nombre de Dios haciendo sus veces.

67. Este era hijo de Tolomeo I Soter († 285 a. C.), uno de los generales de Alejandro Magno. Dícese que él fundó la gran Biblioteca y el célebre Museo de Alejandría, además de hacer traducir al griego la Sagrada Escritura, la llamada "Versión de los Setenta", de la que proceden las primeras versiones latinas, y aun la del Salterio de la edición llamada "Vulgata", hecha por San Jerónimo. Prestó a todos con ello Tolomeo un gran beneficio.

Menedemos ⁶⁸, filósofo, tributando con ello gloria a la Providencia, admiró por la conformidad de sus versiones. Esto os lo afirmó también Aristeo. De este modo dejó esos monumentos en lengua griega a todos clara, los que aun hoy se exhiben en el Serapeum ⁶⁹, en la biblioteca de Tolomeo, junto con los mismos textos hebraicos. Y aun los propios judíos los leen públicamente, libertad ⁷⁰ por la cual pagan un tributo, existiendo la costumbre de leerlos todos los sábados. QUIEN LOS OYERE, A DIOS HALLARÁ, Y QUIEN ADEMÁS PROCURE ENTENDER, SE VERÁ PRECISADO A CREER

d) Las divinas Escrituras son más antiguas que todos los libros paganos.

(Cap. XIX.) La autoridad de estos documentos estriba primeramente en su remotísima antigüedad ⁷¹. También entre vosotros se prueba la credibilidad de una cosa por su antigüedad, tan respetable como la religión.

Ahora bien: todos los elementos y todos los materiales, los orígenes, fechas y fuentes de todos vuestros escritos más antiguos, la mayor parte de vuestras naciones y de vuestras ciudades famosas, los misterios de vuestras historias y de vuestras memorias y, en fin, hasta los caracteres de la escritura, esos testigos y guardas de las cosas y —aun creo decir poco— vuestros mismos dioses, vuestros dioses, repito, y vuestros templos, y vuestros oráculos, y vuestras ceremonias, todo esto queda superado en antigüedad por el escriño que contiene los libros de un solo profeta, escriño que guarda todo el tesoro de la religión judaica y, por ende, también de la nuestra.

Si alguna vez habéis oído nombrar a un tal Moisés, es coetáneo de Inaco el de Argos; es anterior a Danaos, cuatrocientos años menos uno, con ser éste el más antiguo de vuestro reyes; es mil años anterior al desastre de Priamo; pudiera también afirmar que precedió a Home-

68. Menedemos fue un filósofo griego († 277 a. C.). Aristeo o Aristeas fue un oficial de la corte de Tolomeo Filadelfo.

69. El Serapeo era el templo famoso que Serapis tenía en Alejandría, el que llevaba anejo a sí un rico museo.

70. Por esta libertad los hebreos habían de pagar a Júpiter Capitolino un didracma, o sea, dos dracmas anuales. (Josefo.).

71. En eso no andaba bien informado Tertuliano. Existen escritos muy anteriores a los libros de Moisés, aunque no griegos ni latinos, como puede verse en las tablas de *Aids for the study of the Bible*, del padre Hungh Popes, O. P.

ro en más de quinientos años, teniendo para ello autores que me respaldan.

Los demás profetas, aunque posteriores a Moisés, aun los más recientes, no son menos antiguos que vuestros sabios, legisladores e historiadores.

Podríamos demostrar todo esto con cálculos cronológicos. La tarea no sería tan difícil como enorme, ni tan ardua como larga por el momento, porque habría que manejar numerosos documentos y dedicarse a prolijos cálculos con la punta de los dedos. Habría también que franquear los archivos de antiquísimos pueblos, de caldeos, egipcios y fenicios. Habría de consultar asimismo los de sus conciudadanos, por los cuales nos han llegado noticias: no sólo Manetón (sacerdote), el egipcio, y Beroso (sacerdote), el caldeo, sino también Irom (Hiram), el fenicio, rey de Tiro, y aun los sucesores de éstos, Tolomeo de Mendes (sacerdote), Menandro de Efeso, Demetrio de Falerres, el rey Juba, Apión, Talo ⁷² y por fin Josefo el Judío, historiador nacional, que se ha constituido vengador de las antigüedades judaicas, ya aprobando, ya refutando a éstos.

Es preciso además repasar los libros de los censos sobre el origen de los griegos y saber el cuándo de los sucesos, a fin de esclarecer la concatenación de los tiempos, con lo cual luzcan los números de los anales. Ha de hacerse una excursión por las historias y literaturas del orbe, aunque hemos adelantado ya parte de la prueba al indicar brevemente el método de probar.

Pero vale más aplazarla, no sea que o la captemos menos por la prisa o divaguemos demasiado al querer captarla.

e) La autoridad de las sagradas Escrituras queda probada por el cumplimiento de las profecías.

(Cap. XX.) A cambio de esta dilación ofrecemos la MAJESTAD DE LAS ESCRITURAS ⁷³, si no su antigüedad; probamos ser divinas si se

72. Juba I fue rey de Numidia (Africa) y luchó con César. Su hijo Juba II, cautivo y educado en Roma, casó después con una hija de Antonio y de Cleopatra y escribió sobre historia. Apión, un gramático alejandrino, pero que vivió en Roma en tiempo de Severo y de Claudio.

73. Verdaderamente se puede hablar de la majestad de las Sagradas Escrituras inspiradas por Dios. Existe un abismo entre ellas y cualquier otra página de los libros antiguos. Reconócenlo hasta los racionalistas e incrédulos.

duda son antiguas, sin que sea preciso gastar en ello tiempo ni ir muy lejos: a la vista está lo que os enseñarán el mundo, el tiempo, los sucesos.

Todo cuanto ocurriendo está hallábase predicho; todo cuanto vemos oíase ya antes. Que tierras devoran ciudades, que mares se tragan islas, que guerras externas e intestinas destrozan pueblos, que reinos atacan a reinos, que el hambre y la peste y todos los desastres locales y numerosos casos de muerte desolan ciertos países; que los humildes suben y los altos decaen, trocándose la suerte; que la justicia se enraece, la injusticia se acrecienta y el afán por todas las buenas disciplinas se embota; que las mismas estaciones y los elementos se descen-tran, no cumpliendo con su oficio; que el orden de la naturaleza es turbado por signos nefastos y portentos, todo eso estaba ya escrito. Leémoslo mientras lo estamos padeciendo; mientras lo leemos se ve-rifica. Opino que la verdad de la adivinación es idóneo testimonio de la divinidad ⁷⁴.

De ahí, pues, que podamos también abrigar fe segura en lo futuro por lo ya probado, estando predicho juntamente con lo que diariamen-te se va verificando. Las mismas voces suenan, las mismas letras anotan, el mismo espíritu inspira, un solo tiempo hay para el profeta que predice lo futuro entre los hombres, aunque quizá los hombres vulgares lo distinguan al ir pasando, oponiendo el presente al porvenir y el pasado al presente. Y yo os pregunto: ¿Qué culpa tenemos de creer en lo venidero los que ya hemos aprendido a creer en los profe-tas lo que concierne al pasado y al presente?

2. Cristo: su vida y milagros, su humillación y su triunfo. Misión de sus apóstoles.

(*Cap. XXI.*) Mas como venimos diciendo que nuestra religión está cimentada sobre los antiquísimos monumentos escritos de los judíos, cuando es generalmente sabido y nosotros mismos lo reconocemos ser casi nueva, pues que data del tiempo de Tiberio, quizá se quiera por ese motivo discutir su situación, y se dirá que cómo a la sombra de religión tan insigne, y ciertamente autorizada por la ley, nuestra religión rescata ideas nuevas a ella propias y sobre todo que, indepen-dientemente de la edad, no estamos conformes con los judíos en cuan-

74. Juega Tertuliano con dos palabras similares: *divinitas* y *divinatio* o profecía.

to a la abstinencia de ciertos alimentos, ni en cuanto a los días festivos, ni en cuanto al signo físico que los distingue (la circuncisión), ni en cuanto a la comunicación del nombre, lo que convendría ciertamente si fuésemos servidores del mismo Dios.

Pero el vulgo mismo conoce ya a Cristo como a un hombre ordinario, tal cual los judíos le juzgaron, con lo que se nos tomará más fácilmente por adoradores de un simple hombre. MAS NO POR ESO NOS AVERGONZAMOS DE CRISTO, TENIENDO A GALA EL LLEVAR SU NOMBRE Y SER CONDENADOS POR CAUSA DE EL, sin que por eso tengamos de Dios distinto concepto que los judíos. Es, por tanto, necesario que digamos algo de Cristo en cuanto Dios.

Habían los judíos alcanzado de Dios el privilegio de la gracia en atención a la insigne justicia y a la fe de sus primeros padres, de donde floreció la grandeza de su raza y el poderío de su reino y tanta felicidad que le fue dado oír las voces de Dios, las que les enseñaban a conciliarse el favor divino y les prevenían contra todo lo que le ofende.

Pero, orgullosos por la confianza en sus antepasados, apartáronse de la divina Ley de un modo impío, cometiendo todo linaje de prevenciones. Aunque ellos mismos no lo confesasen, la desgracia en que hoy están sumidos bastante lo probaría. Dispersos, vagabundos, desterrados, extrañados de su cielo y de su suelo, andan errantes por el mundo sin hombre ni Dios por rey, no siéndoles concedido ni siquiera saludar con el pie a su tierra patria ni como extranjeros vivir en ella.

Cuando voces santas les amenazaban estas cosas ellas mismas no cesaban de anunciarles a la par que en los últimos tiempos, de entre todas las naciones y de todos los pueblos y en todos los lugares Dios se elegiría adoradores mucho más fieles, a los que traspasaría su gracia, y una gracia aún mayor, debido a la capacidad receptiva de una doctrina mucho más plena.

Vino, pues, el que ya estaba anunciado por Dios para reformarla e iluminarla; vino aquel Cristo, el Hijo de Dios. El era anunciado árbitro y maestro de la doctrina de gracia, el iluminador y conductor del género humano, no ciertamente engendrado de modo que haya de ruborizarse del nombre de hijo o de la semilla del padre, ni del incesto de la hermana, ni del estupro de la hija y de la mujer ajena ⁷⁵.

75. Alusión a Júpiter, el padre de los dioses y más pequeño y miserable que muchos hombres.

No ha tenido que sufrir a un Dios Padre con escamas o cornudo, o a un amante con plumas, o convertido en oro, como el amante de Danas. Todas estas metamorfosis propias son de vuestro Júpiter.

Por lo demás, el Hijo de Dios no ha nacido ni siquiera de un matrimonio: la madre misma que se vio tenía no estaba casada⁷⁶. Mas voy por de pronto a explicar su naturaleza, por donde se entenderá el modo de su natividad.

Dijimos ya que Dios creó este universo mundo con su palabra, razón y poder. Entre vuestros sabios consta también que el Logos, o sea, la Palabra y la Razón, es considerado como el Artífice del universo.¹⁴ Y efectivamente, Zenón lo designa como el artesano que todo lo ha formado y dispuesto; dice que se llama también “destino, dios, alma de Júpiter, fatalidad de las cosas”. Cleanto acumula todo esto atribuyéndolo “al espíritu” que circula por todo el universo. Y nosotros también atribuimos a la palabra, a la razón y al poder, por los que Dios lo ha creado todo, según llevamos dicho, como una sustancia propia que llamamos “Espíritu”, en el cual está la palabra cuando manda, la razón cuando dispone, el poder cuando preside y termina la obra. Sabemos que Dios ha proferido *ese Espíritu* y que al proferirlo, lo ha engendrado, y por eso, por la unidad de sustancia, dicese el Hijo de Dios y Dios, porque también Dios es Espíritu.

Y cuando el rayo sale lanzado por el sol es una parte que procede del todo; mas el sol está en el rayo por ser un rayo de sol cuya sustancia no queda dividida, sino dilatada. Así el Espíritu procede del Espíritu y Dios de Dios y la Luz se enciende en la Luz. El foco de luz íntegro permanece sin perder nada, aun cuando comunique su naturaleza por diversos arcaduces. Asimismo lo que Dios emanó Dios es el Hijo de Dios y uno entrambos. Por donde el Espíritu procede del Espíritu y Dios de Dios; es el segundo en cuanto a la forma, el segundo en cuanto al grado, no en cuanto a la naturaleza, habiendo salido de su fuente sin ser cortado: “a matrice non recessit sed excessit”.

Así, este rayo de Dios, conforme antes había sido predicho, desciende de una Virgen y, en su seno encarnado, nació Hombre a Dios unido: “nascitur Homo Deo mistus”. La carne, informada por el Espíritu, se nutre, crece, habla, enseña, obra y es el Cristo.

76. Quiere decir Tertuliano que el matrimonio de la Virgen María con José no fue consumado, sin negar fuese rato y, en ese sentido, verdadero matrimonio.

Aceptad por un momento esta fábula: semejante es a las vuestras, mientras os vamos demostrando cómo se prueba el Cristo y quiénes son los que han introducido entre vosotros fábulas semejantes a ésta para destruir la verdad.

Sabían también los judíos que el Cristo había de venir, pues a ellos hablaban los profetas. Y, en efecto, aun ahora siguen esperando su advenimiento, sin que exista entre nosotros y ellos otra disputa sino la de no creer haya venido ya. Porque entrambos advenimientos de Cristo estaban predichos: el primero, ya realizado en la humildad de la condición humana; el segundo, esperado para la consumación de los siglos en el sublime esplendor de la divinidad, claramente manifestada. Al no enterarse del primero, han creído ser el único el segundo, esperándolo siempre cual si estuviera más claramente vaticinado. Así, por su pecado han merecido no comprender el primero: hubieran en él creído si le hubiesen comprendido y hubieran conseguido la salvación si hubieran en él creído. Ellos mismos leen en la Escritura que han sido privados, en castigo, de la sabiduría y de la inteligencia, del uso de los ojos y de los oídos.

Viendo su humildad habían juzgado que era un simple hombre y tomarónle por mago al contemplar su poder cuando con su palabra expulsaba los demonios de los hombres, devolvía la luz a los ciegos, limpiaba a los leprosos, enderezaba a los tullidos y, finalmente, devolvía los muertos a la vida; cuando se hacía servir por los elementos mismos, sujetando las tempestades y entrando en medio de las olas, para demostrar que El era el *Logos*⁷⁷ de Dios, o sea, el Verbo aquel primordial primogénito, acompañado de poder y de razón y sostenido por su Espíritu, que era el mismo que con su palabra lo hizo y lo hace todo.

Pero ante su doctrina, por la que se veían vencidos los maestros y primates de los judíos, de tal modo éstos se exasperaron, máxime cuando la ingente multitud se iba tras El, que finalmente lo entregaron a Poncio Pilato, procurador entonces de Siria⁷⁸ en nombre de los romanos, y por la violencia de sus peticiones forzáronle a entregarle a la cruz. Ya tenía El predicho que habían de hacer esto. Poco hubiera

77. *Logos*, Verbo de Dios no al modo platónico, sino un Dios personal y verdadero, tan Dios como el Padre, del que viene por generación, así como el Espíritu Santo procede de entrambos por inspiración.

78. Siria Palestinense o Judea.

sido ello si antes no lo hubieran también predicho los profetas. Y con todo, clavado en cruz, voluntariamente exhaló su Espíritu con su palabra, anticipándose al oficio del verdugo.

En el momento mismo, el día, que aun no había llegado a la mitad de su carrera, fue privado del sol. Creyeron ser esto un eclipse los que ignoraban había sido ello predicho también acerca de Cristo; al no entender la causa lo negaron y, sin embargo, lo tenéis registrado en vuestros archivos como un accidente mundial.

Entonces los judíos, habiéndole tomado y depositado en un sepulcro, pusieron en torno suyo gran diligencia de guardia militar, no fuese que, como lo tenía predicho, resucitase al tercer día de la muerte, los discípulos robasen el cadáver y engañasen a los recelosos.

Mas he aquí por dónde el día tercero se vio de súbito sacudida la tierra y volteada la mole que tapaba el sepulcro y la guardia derribada por el pavor, sin que allí apareciese ninguno de sus discípulos; nada se encontró en el sepulcro sino los sudarios del sepultado.

A pesar de ello, los primates, a quienes interesaba divulgar el crimen y apartar de la fe al pueblo tributario y esclavo suyo, lanzaron la especie de que había sido subrepticamente cogido por los discípulos. Pero El no se produjo ante el vulgo, a fin de que los impíos no quedasen desenredados de su error y para que LA FE, DESTINADA A NO MEDIOCRE RECOMPENSA COSTASE ALGO. Pero pasó cuarenta días con algunos discípulos en Galilea, región de Judea, enseñándoles lo que habían ellos de enseñar. Luego, habiéndoles ordenado el oficio de predicar por el mundo, envuelto en una nube fue arrebatado al cielo, Ascensión harto más verdadera que la que vuestros Príncipes acostumbraban atribuir a Rómulo.

Todo esto que concierne a Cristo lo anunció Pilato, cristiano ya en sus adentros, al César, que era por entonces Tiberio. Y los Césares mismos hubieran creído en Cristo si o los Césares no fuesen necesarios al siglo o si los Césares hubieran podido ser cristianos al propio tiempo que Césares.

Y los discípulos que por el orbe se dispersaron, obedeciendo al precepto del Maestro, después de haber también padecido de los judíos perseguidores, fiados de la verdad, terminaron por sembrar con júbilo la sangre cristiana en Roma cuando la persecución de Nerón.

Pero os demostraremos cómo son testigos idóneos de Cristo aquellos mismos a quienes adoráis. Ya es mucho que alegue para forzaros a creer a los cristianos a los mismos que os impiden creer a los cristianos.

Y ahora, ahí tenéis la historia cronológica de nuestra religión; os entregamos el censo de la secta y del nombre con su Autor. Nadie le impute ya infamia, nadie piense que hay otra cosa, porque no es posible a nadie mentir acerca de su religión. Y, en efecto, al decir que se adora cosa distinta de la adorada niégase lo que se adora, transfiriendo a otro el culto y el honor, y al transferirlo niega ya lo que adora.

Ahora bien: decimos, y públicamente lo decimos y lo voceamos mientras vosotros nos desolláis y chorreamos sangre: DEUM COLIMUS PER CHRISTUM: adoramos a Dios por medio de Cristo ⁷⁹.

Creedle mero hombre si queréis; mas por El y en El quiere Dios ser conocido y adorado. PER EUM ET IN EO SE CONGNOSCI VULT DEUS ET COLI.

Y respondiendo a los judíos diré que ellos mismos aprendieron a adorar a Dios por Moisés, que era un hombre. Y saliendo al encuentro de los griegos, les diré que Orfeo en Pieria (en Tracia), Museo en Atenas, Melampo en Argos, Trofonio en Beocia, ataron a los hombres con sus iniciaciones. En fin, para volver también la mirada a vosotros, los amos de los pueblos, os diré que hombre fue Numa Pompilio ⁸⁰, aquel que gravó a los romanos con tan cargantes supersticiones.

Permítase también a Cristo el revelar la divinidad como bien propio, no para hacer humanos a los hombres groseros aún y salvajes, dejándolos atónitos ante la inmensa multitud de dioses a quienes han de servir, como hizo Numa, sino a fin de dar a los hombres, ya pulidos y engañados por el refinamiento mismo de su civilización, ojos para conocer la verdad.

Examinad, pues, si es verdadera esta divinidad de Cristo. Si su divinidad es tal que su conocimiento reforma a los hombres, síguese que ha de renunciarse a cualquier otra falsa divinidad, sobre todo cuando se ha reconocido la falsedad de aquella, que recatándose bajo figura, nombre e imágenes de muertos, no dan otra fe de su divinidad que ciertas señales, prodigios y oráculos.

79. Es lo que la Iglesia hace a diario, cuando termina todas las oraciones litúrgicas, "per Christum Dominum nostrum", reconociendo y empleando la universal mediación de Cristo Pontífice ante el Padre.

80. Al rey Numa Pompilio, que parece haber tenido la manía religiosa, se atribufan casi todas las instituciones culturales de los romanos.

3. Demonología.

a) Existencia e intervenciones de los demonios ⁸¹.

(*Cap. XXII.*) Y en efecto decimos que existen ciertas sustancias espirituales.

Pero ni el nombre siquiera es nuevo. Conocen los filósofos a los demonios, cuando el mismo Sócrates aguardaba a que su demonio le manifestase su voluntad. Y ¿cómo no, si se cuenta que desde la niñez se le adhirió un demonio para apartarle siempre del bien?

Conocen a los demonios los poetas, y el mismo vulgo ignaro con frecuencia los trae a cuento en sus imprecaciones, pronunciando el nombre de Satanás, príncipe de esta perversa ralea, con el sentimiento natural de una íntima convicción y con la voz misma de la execración.

Tampoco Plantón negó que hay ángeles. Aun los magos lo afirman, siendo testigos de entrambos nombres.

Mas, ¿cómo de algunos ángeles voluntariamente pervertidos ha salido la casta aún más perversa de los demonios, por Dios condenada con sus autores y su jefe, que acabamos de mencionar? Es lo que las santas Letras en detalle nos dan a conocer. Bastará por ahora exponer lo referente a sus operaciones. Su labor consiste en derribar al hombre: así la malicia de los espíritus se estrelló desde el principio con la ruina del hombre y ellos infligen a los cuerpos dolencias y amargos accidentes, violentando al alma con sus repentinos y extraordinarios excesos, por cuanto disponen, para embestir contra entrambas sustancias del hombre, de su maravillosa sutileza y tenuidad. A los poderes espirituales mucho les es consentido, y, siendo invisibles e impalpables, aparecen más bien en sus efectos que en su obrar, como cuando con sopro invisible destruyen los frutos de la tierra aun en flor, o los desvirtúan en germen, o los dañan en su crecimiento, o cuando el aire, viciado como por una fuerza ciega, difunde sus miasmas pestilentes.

Y con la misma tenebrosidad de ese contagio viene la aspiración de los demonios y de los ángeles, obrando la corrupción de la mente con sus furores y feos desvaríos, o las rabiosas pasiones con ilusiones de todo género, siendo la principal el recomendar estos dioses nuestros a los espíritus seducidos o acorralados, a fin de procurarse a sí

81. Uno de los puntos más interesantes de los libros de Tertuliano es su demonología.

misimos también agradable pitanza, o sea, el humo y la sangre de las víctimas ofrecidas a los simulacros y a las imágenes. Y ¡qué pasto tan sabroso para ellos como el de apartar al hombre, con los prestigios de la falsa adivinación, del pensamiento del verdadero Dios!

Pues voy a explicaros cómo obran los tales prestigios. Todo espíritu es alado: OMNIS SPIRITUS ALES EST, así ángeles como demonios, por lo que en un momento están en cualquier parte; todo el orbe es para ellos un lugar único: tan fácilmente saben cómo anuncian lo que en cualquier sitio acontece. Su velocidad es tenuta por divinidad al ignorarse su naturaleza, y así, a las veces, quieren pasar por autores de lo que anuncian. Y cierto, son en alguna ocasión autores de los males, pero nunca jamás de los bienes. Las disposiciones mismas de Dios aprendieronlas cuando oyeron predicar a los profetas y ahora mismo las captan al oír las lecturas en voz alta, con lo que, tomando ciertos pronósticos, emulan a la Divinidad robándole la adivinación.

Y en sus oráculos, ¡con qué ingenio llegan a concordar sus equívocos con los acontecimientos! Sábenlo bien los Cresos, sábenlo los Pirros ⁸². Y así, Creso, haciendo cocer una tortuga con carne de cordero; y Apolo Picio pudo vaticinar del mismo modo que antes dijimos: en un instante habíase trasladado a Lidia. Como viven en el aire, próximos a los astros y en contacto con las nubes, pueden los demonios saber los fenómenos que en los cielos se preparan y predecir, por ejemplo, las lluvias, que ellos ya presienten.

Se dirá que son benéficos, por cuanto se ocupan de curar enfermedades. Comienzan por dañar, prescribiendo luego remedios; y para que haya milagro, remedios nuevos o contrarios al mal, después de lo cual dejan simplemente de perjudicar, y las gentes se imaginan haberse curado.

Y ¿para qué voy a seguir hablando de las demás ingeniosas invenciones o del poder de esos espíritus falaces; de la fantástica aparición de los Castores (Castor y Polux) y del agua llevada en una criba; de la nave movida por un cinto; de la barba enrubrada por simple contacto, todo a fin de hacer creer que las piedras son divinidades y que con ello no se busque al Dios verdadero?

82. Creso dio a los lidios órdenes muy originales para probar a los oráculos. Es célebre el que da Apolo a Pirro: "Aio te, Aecida, Romanos vincere posse", que lo mismo dice: *puedes vencer que puedes ser vencido*. Las pitonisas jugaban con el equívoco, engañando así a los simples.

b) Unos mismos son vuestros dioses y los demonios.

(*Cap. XXIII.*) Luego si también los magos producen fantasmas, llegando hasta infamar las almas de los muertos (al evocarlos); si matan niños para que hablen los oráculos; si en sus juegos de prestigios circulatorios hacen muchos prodigios; si incluso envían sueños, disponiendo del poder de los ángeles y de los demonios que les asiste, por los cuales cabras y mesas ⁸³ solieron adivinar, ¿cuánto más no deberán emplear todas esas energías aquellos poderes cuando obran por su propia voluntad y cuenta que cuando se prestan al ajeno interés?

Pues si hacen los mismo ángeles y demonios que vuestros dioses, ¿dónde está la preexcelencia de la divinidad, toda vez que ha de creérsele superior a todo otro poder? ¿No será lógico pensar que son los demonios los que se hacen dioses, obrando tales prodigios que les hacen pasar por dioses, antes que admitir que son iguales a ellos ángeles y demonios? Yo opino no existe otra diferencia que la de lugares que distinga dioses de demonios; depende de los templos el que los llaméis dioses, pues fuera de ellos no los llamáis dioses. En ese caso habrá que decir también que el que anda como volando por encima de los edificios sagrados no está tan loco como el que anda por los tejados de la vecindad, y que quien corta sus genitales o se abre las venas de los brazos comete distinta violencia ⁸⁴ que quien se corta el pescuezo. Igual es el resultado final de una furiosa locura, y la instigación del mismo orden procede.

Pero hasta aquí todo han sido palabras; ahora la demostración del hecho mismo, que probará cómo bajo uno u otro nombre se oculta una sola naturaleza. Salga ahora mismo aquí, ante vuestros tribunales, alguien del que conste estar poseído del demonio. Mandado el espíritu por cualquier cristiano hablará aquél, confesando con toda verdad ser un demonio, como antes falsamente decía ser un dios.

Salga igualmente alguno de esos a quienes se cree agitados por un dios, que exhalando el aliento sobre los altares, aspiran la divinidad

83. Por donde se ve no son tan nuevos como se piensa los fenómenos mediánicos del espiritismo con todos sus fantasmas y prestidigitaciones. La falta de fe verdadera forma un vacío que suele llenarse con la superstición absurda, cuando no inmoral.

84. Alude a los Bellonari y a los Galli, sacerdotes de Cibeles, los que se herfán y mutilaban y revolcaban como energúmenos en los cultos de sus templos.

con el vaho de las víctimas, que se curan eructando, que profetizan jadeando ⁸⁵. Esta misma virgen Celeste, que os promete lluvias; este mismo Esculapio, inventor de medicinas, que suministró la vida a Socordio, a Tenacio y Asclepiodoto, destinados a morir mañana; si tales dioses, no atreviéndose a desmentir a un cristiano, no confiesan ser demonios, derramad al punto la sangre del procacísimo cristiano. ¿Qué cosa más manifiesta que esto? ¿Qué prueba tan fiel como ésta? La simple verdad ahí la tenéis, asistida del poder que le es propio: no hay lugar a sospechas. ¿Es eso magia o cualquier truco del mismo jaez? Decidlo si vuestros ojos y oídos os lo permiten.

Pues, ¿qué cabe objetar a lo que con tan desnuda sinceridad se muestra? Si por una parte son verdaderos dioses, ¿por qué mienten diciendo ser demonios? ¿Sería por obedecernos? Ved cómo está sometida a los cristianos vuestra divinidad, la que ciertamente no ha de tomarse por divinidad cuando se ve al hombre sometida y aun a sus enemigos si hacen algo en su deshonra.

Por otra parte, si son demonios o bien ángeles, ¿por qué en otras partes responden que hacen papel de dioses? Porque es cierto que, como los conceptuados dioses no hubieran querido llamarse demonios, si verdaderamente fuesen dioses, para no perder su majestad, asimismo los que vosotros conocéis positivamente como demonios no osarían hacerse de dioses si realmente existieran esos dioses cuyos nombres usurpan, temiendo abusar de la majestad de los que, sin duda, les son superiores y temibles.

Así, pues, lo que vosotros tenéis por divinidad no es tal, que si lo fuese, ni los demonios la usurparían, ni los dioses la negarían. Como entrambas partes concurren en la misma confesión negando ser dioses, reconoced que son una sola casta, o sea, demonios.

Buscad ya dioses entre unos y otros, que reconoceréis a demonios en los que creáis ser dioses. Pero, gracias a nosotros, vuestros dioses no os revelan tan sólo que ni ellos ni otros son dioses, sino que os enseñan además, por inmediata consecuencia, quién es el verdadero Dios, si es el que los cristianos confiesan, y sólo El, y si es preciso creer en El y adorarle, conforme la fe y doctrina de los cristianos lo prescribe.

85. Son los ariolos o adivinos. *Ariolus*, de *ara* o altar.

Entonces os dirán: Y ¿quién es ese Cristo con su fabulosa historia? Si es un hombre de vulgar condición, si es un mago, si ha sido furtivamente cogido por sus discípulos después de muerto, si yace ahora en los infiernos o si no está más bien en los cielos y desde allí ha de venir cuando todo el mundo retiemble con horror del orbe, con el llanto de todos, mas no de los cristianos, con la majestad de Aquél, que es el supremo poder de Dios, el Espíritu de Dios, su Verbo, su Sabiduría, su Inteligencia y el Hijo de Dios.

Ríanse con vosotros de lo que vosotros os reís; nieguen que Cristo juzgará a todas las almas desde el principio de los tiempos, después de la restitución de los cuerpos; digan, si les place, que son Minos y Radamanto los designados por la suerte para presidir a ese tribunal, según el común parecer de Platón y de los poetas ⁸⁶.

¡Borren siquiera el estigma de su vergonzosa condenación! Nieguen ser espíritus inmundos, lo que basta a probar su alimento, qué es la sangre, el vaho y la carne de animales quemada en sus infectas piras, y las impurísimas lenguas de sus mismos sacerdotes. Nieguen que, por su maldad, están de antemano condenados para el día del juicio con todos sus adoradores y ministros.

Pero todo el imperio y el poder que sobre ellos tenemos radica en que pronunciamos el nombre de Cristo y enumeramos todos los castigos que les amenazan y que de Dios esperan por Cristo, su Juez. Como temen a Cristo en Dios y a Dios en Cristo, sométense a los servidores de Dios y de Cristo. Por lo cual, al mero contacto de nuestras manos, al menor soplo de nuestra boca, aterrados por la imagen y el pensamiento del fuego que les aguarda, salen aun de los cuerpos de los hombres obedeciendo a nuestro mandato, bien que con desgana y dolor, avergonzados ante vuestra presencia. Creedles cuando dicen verdad de sí mismos, así como los creéis cuando mienten. Nadie miente por deshonorarse, antes bien por vanidad, por donde más fácilmente creemos a quienes confiesan en contra de sí que a los que niegan a favor propio.

Finalmente, estos testimonios de vuestros dioses que suelen dar los cristianos son tales que con toda frecuencia, tras de creerlos, he-

86. Minos, hijo de Júpiter y de Europa, rey y legislador de Creta, fue tan justo que se le designó juez de los infiernos con su hermano Radamanto y Eaco, rey de Egipto.

mos creído también en el Señor por Cristo ⁸⁷. Ellos son los que inflaman nuestra fe en las Escrituras, los que edifican la confianza que tenemos en nuestra esperanza.

¡Y aún les honráis, que yo sepa, con la sangre de cristianos! No quisieran perderos, siendo como sois útiles, tan obsequioso, aunque sólo fuera por no verse desechados por vosotros mismos al haceros un día cristianos, si les fuera dado mentir cuando están bajo el poder de un cristiano que quiere probaros la verdad.

87. Se ve por aquí que se verificaba con toda frecuencia al pie de la letra aquello del Evangelio "Arrojarán en mi nombre los demonios" y que muchos paganos, al contemplar los maravillosos efectos del exorcismo practicado por la Iglesia, creían en el Dios verdadero y se convertían al cristianismo.

C. LIBERTAD RELIGIOSA.—Los cristianos no son sacrílegos no adorando a los dioses, por cuanto no son dioses. Los paganos, sí, que son impíos por no adorar al Dios verdadero.

(*Cap. XXIV.*) Toda esa confesión de aquellos que reconocen no ser dioses y no haber otro Dios sino Aquél a quien nosotros pertenecemos, es bastante idónea para alejar de nosotros el crimen de lesa patria y más de lesa religión romana. Porque si es cierto que vuestros dioses no existen, cierto es también que no existe vuestra religión, y si es cierto que vuestra religión no es tal por no existir ciertamente vuestros dioses, cierto es asimismo que no somos nosotros reos de lesa religión.

Antes al contrario, sobre vosotros rebotará tal imputación, pues adorando la mentira y no contentos con descuidar la religión verdadera del Dios verdadero, llegáis aún a combatirla, cometiendo verdaderamente un crimen de verdadera irreligiosidad.

Ahora bien: suponiendo que consta ser dioses vuestros dioses, ¿no concedéis que, según la común opinión, existe un Dios más alto y poderoso, como el Príncipe del mundo, de perfecto poder y majestad? Porque esa es la idea que muchos se forman de la Divinidad, al atribuir a uno solo el imperio del sumo dominio y al repartir los diversos oficios entre muchos, como lo hace Platón cuando pinta a Júpiter magno escoltado en el cielo por un ejército de dioses y aun de demonios. Por eso conviene que esos procuradores y prefectos y presidente sean honrados como él ⁸⁸.

Y sin embargo, ¿qué crimen comete el que procura tener más bien propicio al César, y cifra en él su afán y su esperanza, y el que no atribuye el nombre de Dios, como el de emperador, a nadie sino al Dios supremo, pues se considera crimen capital el llamar o el sufrir que se llame César a otro que el mismo César?

88. Zeus es el gran príncipe de los cielos. (En Fedro, 26.)

Adore el uno a Dios, el otro a Júpiter: tienda otro al cielo sus manos suplicantes, otro al ara de fe; otros, si os parece, cuenten orando las nubes, otros los charcos; ofrezca éste a su dios el alma, el otro la de un macho cabrío.

Mirad bien, en efecto, de que no sea ya un crimen de impiedad el quitar a los hombres la libertad de religión y prohibirles la elección de divinidad, o sea, de no permitirme honre al que yo quiera honrar, forzándome a honrar al que no quiero honrar. Nadie, ni siquiera un hombre, quisiera ser honrado por el que lo hace forzado.

Por donde se otorga a los egipcios⁸⁹ libertad de practicar su vana superstición, consistente en poner a pájaros y animales al par de los dioses y en condenar a muerte al que hubiere matado alguno de estos dioses suyos. Cada provincia, cada ciudad tiene su dios peculiar, como tiene Siria a Astarte (Astarte), Arabia a Dusares, el Nórico a Beleno, el Africa a Celestis y Mauritania a sus Régulos. Y creo que acabo de nombrar provincias romanas; mas con todo eso no son dioses romanos, porque no tienen mayor culto en Roma que los creados en toda Italia como dioses mediante una consagración municipal, cual sucede con Delventino en Casino⁹⁰ con Visidían en Narm, con Ancaria en Asculo (Fiésole), con Nortia en Volsini, con Valencia en Otrícolo (Umbría), con Hostia en Sutri y con la Juno de los Faliscos (Umbría), que recibió el sobrenombre de Curitis en honor de su padre, curis (o patria Cures)⁹¹.

Y nosotros somos los únicos a quienes no es concedido tener religión propia. Ofendemos a los romanos y ni somos reputados por romanos, por cuanto no honramos a un dios que no es de romanos. Gracias a que es el Dios de todos los hombres, de quien, de grado o por fuerza, todos somos. Mas entre vosotros está permitido adorar a todo menos al Dios verdadero QUODVIS COLERE JUS EST PRÆTER DEUM VERUM, como si no fuese más bien el Dios de todos, del que somos todos.

89. Los egipcios adoraban al buey apis, al cocodrilo, al ibis, al camero, al gato, al azor, al chacal, al león, al escarabajo, como aparece en los monumentos. Duschara era el dios nacional de los Nabateos, pueblo árabe. Beleno o Belino, Apolo Beleno honrado en Aquileya más que en Nórica. Sobre *Caelestis*, véase el capítulo XII.

90. Cuando San Benito subió a fundar la abadía de Montecasino halló un altar erigido a Apolo.

91. Cures, ciudad de la Sabina.

D. EL ARGUMENTO POLITICO O RAZON DE ESTADO.

Déjese a cada cual adorar a su Dios. Suprimir la libertad religiosa es el verdadero crimen de irreligión.

(Cap. XXV.) Creo haber probado bastante lo que atañe a la falsa y a la verdadera divinidad al demostrar cómo la prueba consiste no sólo en discusiones y en argumentaciones, sino también en los testimonios de aquellos mismos a quienes creéis dioses; no tengo, pues, por qué revolver este tema.

Mas como se presenta aquí de un modo especial la mención del nombre romano, no rehuiré el debate provocado por la pretensión de los que dicen que los romanos han sido elevados a tal altura que ocupan el mundo entero por causa de su acendrada religiosidad, y que tan cierto es existen los dioses que quienes mejor les sirven más prosperan. O sea, que este favor ha sido gracia concedida a los romanos por los dioses.

¡Quien ha dilatado el Imperio ha sido Estérculo⁹² y Mutuno y Larentina! No creería yo, en efecto, que dioses forasteros hayan preferido favorecer a gentes extrañas que a la propia y que hayan entregado a gentes de allende los mares el patrio suelo en donde nacieron y crecieron y adquirieron nobleza y recibieron sepultura.

Mire Cibeles si por ventura se prendó de la ciudad de Roma en recuerdo de la raza troyana gente de su país, a la que, sin duda, protegió contra las armas de los Aquivos (griegos), y si se preocupó de ser trasladada a sus vengadores, quienes sabían vencerían a los griegos, vencedores de Frigia. Por eso, en nuestros propios días ha dado, al ser transportada a Roma, una espléndida prueba de su poder: cuando a la muerte de Marco Aurelio, arrebatado a la República junto a Sirmio el día 16 de las calendas de abril (17 de marzo 180) el santísimo archigalo⁹³, libando sangre impura mientras desgarraba sus brazos⁹⁴, el nono día de las mismas calendas (24 marzo), prescribió preces ordinarias por la conservación del emperador Marco, el cual ya estaba muerto.

92. Dios que presidía al estercolar la tierra. Mutuno era el dios de la fecundación: Estérculo y Mutuno eran dioses *indígites*, o sea, nacionales.

93. Archigalo llamaban al gran sacerdote de Cibeles.

94. Marco Aurelio murió en Sirmio (Panomia) en la guerra contra los marcomanos, pero en 178 después de Jesucristo.

¡Oh tardos emisarios! ¡Oh somnolentas misivas, por cuya falta Cibeles no supo antes la muerte del emperador, para que los cristianos no se riesen de semejante diosa!

Y pasando a Júpiter, no hubiera éste consentido que su isla de Creta sufriese el choque de los fascios romanos, ni hubiera olvidado el antro famoso, del monte Ida⁹⁵, y los bronceíneos timbales de los coribantes, y el delicioso perfume de su nodriza, que allí tenía. ¿No hubiera preferido aquel sepulcro a todos los Capitolios, a fin de que aquella tierra, que cubrió las cenizas de Júpiter, fuese la más ilustre del orbe?

¿Y Juno hubiera querido que la ciudad Púnica, más cara para ella que Samos, fuese destruída, y precisamente por los descendientes de Eneas? En cuanto yo sepa, "allí estuvieron sus armas, allí su carro. Hacer de esta ciudad la reina de las naciones permitiéndolo los hados fue, por lo pronto, el objetivo de sus afanes y su ardiente voto" (Virgilio: "Eneida", I, 16-18). Y esta desventurada, "esposa de Júpiter al par que hermana (Ibíd., 46), ¡nada pudo en contra de los Destinos!" "¡Júpiter mismo está a lo que dice el Hado! FATO STAT JUPITER IPSE!".

Y, sin embargo, a los tales Destinos, que les entregaron a Cartago a despecho de su voluntad y del deseo de Juno, ¡los romanos no tributaron tantos homenajes como a la prostituídísima loba Clarentina!⁹⁶.

Averiguado es que varios de vuestros dioses reinaron. Luego, si tienen ahora potestad de entregar el Imperio allá cuando ellos mismos reinaron, ¿de quién habían recibido ese favor? ¿A qué dios Saturno o Júpiter habían adorado? ¿Quizás a algún Estérculo? Pero los romanos no le admitieron sino más tarde en su "formulario de invocaciones".

Pero además si algunos de vuestros dioses no reinaron, otros reinaban y no les adoraban, ya que nadie aún les conceptuaba dioses. Luego, de otros es dar el reino, pues se reinaba ya mucho antes de que estos dioses se tuviesen por tales.

Pues, ¡qué flaco fundamento el de atribuir la pujanza del nombre romano a los méritos de su religiosidad, siendo así que la religión no progresó sino tras del Imperio, o mejor, el reino, porque no era sino un simple reino! Porque, si bien Numa concibió el celo supersticioso, el culto romano no consistía aún en estatuas ni en templos. La religión

95. El monte Ida, de Creta, no el de Frigia.

96. Es la famosa Larentina, nodriza de Rómulo y Remo después de la loba.

era frugal, los ritos sencillos y no había Capitolios que compitiesen con el cielo, sino altares de césped, como provisionalmente erigidos, vasos de barro de Samos y en ellos humo que salía, pero dios por ninguna parte. En efecto, el genio de griegos y de etruscos⁹⁷ no había aún inundado a Roma de estatuas que los simulasen. Y así, los romanos no fueron religiosos ante de ser grandes; por tanto, no son grandes por ser religiosos.

¿Cómo han de ser grandes por su religión, cuando precisamente la grandeza les viene de su irreligiosidad? Si no me equivoco, todo reino o imperio se establece con la guerra y se dilata con victorias. Ahora bien, las guerras y las victorias implican con frecuencia destrucción de ciudades, cosa que nunca ocurre sin afrenta de los dioses. Destrúyense sus templos al par que las murallas; matanzas de ciudadanos lo mismo que de sacerdotes, sin diferencia entre las rapiñas de las sagradas riquezas y de las profanas. Tantos son los sacrilegios de los romanos cuantos son sus trofeos; tantos los triunfos sobre los dioses como sobre los pueblos; tantos objetos de botín cuantos son los simulacros que todavía quedan de dioses cautivos.

Estos dioses consienten ser adorados por sus enemigos y les conceden un imperio sin fronteras, ¿cuando debieran más bien castigar los ultrajes que premiar sus adulaciones! Pero los que nada sienten, tan impunemente son ofendidos como vanamente son adorados. Cier-to: no podemos convenir en que los méritos religiosos hayan causado la pujanza *del pueblo romano*, toda vez que, como hemos sugerido, crecieron hiriendo a la religión o creciendo la hirieron. Y aquellos mismos cuyos reinos quedaron en uno fundidos para formar el total del Imperio romano, cuando los perdieron no dejaban ellos también de tener sus religiones.

No los dioses, sino el único Dios es quien ha dado el poderío a los romanos.

(*Cap. XXVI.*) Ved, pues, si el dispensador de reinos, cuyo es el orbe sometido a los reyes y el hombre mismo que reina; ved si el que regula las vicisitudes de los imperios, designando a cada cual su tiempo en el fluir de los siglos, no es el que existió antes de los tiempos y

97. Efectivamente, las estatuas de Roma o son etruscas o son griegas; pocas hay de origen puramente romano en los antiguos tiempos.

quien de la suma de los siglos ha hecho el total del tiempo. Ved si no es El quien levanta a las sociedades y las hunde. ¿Bajo quién reinaba en otro tiempo el humano linaje, cuando aún no existían ciudades? ¿Por qué andáis equivocados? Roma, hecha aún una aldea, es más antigua que varios de vuestros dioses. Reinaba ya antes de construir el vasto recinto del Capitolio. Reinaron también los babilonios antes que los Pontífices, los medios antes que los quincecenviros⁹⁸, los egipcios antes que los salios, los asirios antes que los Lupercos, las amazonas antes que las vírgenes vestales.

En fin, si son los dioses romanos quienes dispensan los reinos, nunca la Judea hubiera reinado en el pasado, pues despreciaba a estas divinidades comunes a los pueblos. Y sin embargo, vosotros, romanos, habéis honrado a su Dios con víctimas, a su templo con ofrendas, a la nación misma allá cuando fue vuestra aliada, y jamás hubierais dominado sobre ella si no hubiera, al fin, pecado contra Cristo.

E. REFUTA UNA OBJECION.—Sacrificad a los dioses para salvaros y pensad luego como queráis.

a) Eso sería traicionar a nuestra fe, por la cual debemos morir, venciendo con ello al espíritu del mal.

(*Cap. XXVII.*) Baste esto en contra de la inculpación de lesa religión y divinidad, con lo cual, más que herirla, hemos demostrado que no existe. Y así, cuando se nos provoca a sacrificar, paramos el paso fiándonos a nuestra conciencia, la que nos testifica a quién van tales homenajes, al parecer ofrecidos a las imágenes que vosotros exponéis, a los mortales que vosotros endiosáis.

Pero hay quienes reputan demencia el que pudiendo sacrificar en el momento mismo e irnos ilesos, guardando adentro nuestra propia convicción, prefiramos la obstinación a la salvación. ¡Con lo cual efectivamente nos dais un consejo para engañaros!

Pero sabemos bien de dónde proceden tales sugerencias, quién menea todo esto y cómo, ya por astucia de persuasión, ya por dureza en el tormento, se trabaja en derribar nuestra constancia. Es aquel es-

98. Los quincecenviros eran los que guardaban los Libros Sibilinos para consultar sus oráculos en caso de peligro para el imperio; ellos también velaban por la pureza de la religión.

píritu compuesto de demonio y de ángel que, siendo émulo nuestro por causa de su rebelión contra Dios y envidioso de nosotros por la gracia que Dios nos otorga, lucha contra nosotros emboscado en vuestros espíritus preparados y corrompidos, empujándolos a juzgar con esa perversidad y para ensañarse con esa iniquidad de que hablamos al principio. Porque si bien nos está sometido todo el ímpetu de los demonios y de tales espíritus, cual malos esclavos juntan en sí al miedo la contumacia y procuran dañar a los que por otra parte temen, porque también el temor inspira odio, además de que su desesperada condición, consecuencia de su condenación anticipada, reputa un consuelo el poder disfrutar de cuando en cuando de su malignidad, debido a la dilación de su pena. Y, sin embargo, una vez que se les sujeta, tornan a su condición y ruegan de cerca a los que atacan de lejos.

Por lo cual, semejantes a esos condenados que se rebelan en los ergástulos, en las prisiones, en las minas o en cualquier género de servidumbre penal, lánzanse contra nosotros, que los tenemos sujetos a nuestro arbitrio, ciertos de que son inferiores y de que su furor tiene que ser para su mayor perdición; con desgana les hacemos frente, cual si fueran tan poderosos como nosotros, y rechazamos perseverantes sus asaltos, sin que nuestro triunfo sea nunca tan glorioso como cuando somos condenados por nuestra obstinación en la fe.

**b) La religión es asunto de buena voluntad y no admite violencia.
Nueva reivindicación de la libertad de conciencia.**

(*Cap. XXVIII.*) Mas como fácilmente parecería injusto forzar a hombres libres a sacrificar contra su voluntad —pues, por otra parte, se prescribe buena voluntad para ofrecer un sacrificio—, ciertamente se estimaría inepto el que fuese uno constreñido a honrar a los dioses, cuando por propio interés debiera él mismo aplacarlos, no sea que pudiese decir en nombre de su libertad: “No quiero que Júpiter me sea propicio. Tú, ¿en qué te metes? Que no me vuelva airado cualquiera de sus dos caras. ¿Qué tienes que ver conmigo?”.

Sin duda, habéis sido adiestrados por esos mismos espíritus a forzarnos a sacrificar por la salud del emperador, tanto imponiéndoos a vosotros la necesidad de violentar como a nosotros la obligación de exponernos.

II. LESA MAJESTAD

(Capítulos 30-45)

Este crimen es mayor para los romanos que el de sacrilegio. Los emperadores son para ellos más que los dioses, por ser más temible la majestad augusta.

Estamos ya en el segundo título de acusación, o sea, el de lesa majestad más augusta que los dioses, pues servís al César con mayor miedo y timidez más astuta que al mismo Júpiter Olímpico, y con razón, si sabéis lo que hacéis. Porque, ¿quién de entre los vivos no vale más que cualquier muerto?

Mas ni aun esto lo hacéis vosotros movidos tanto por la reflexión como por respeto a un poder presto a ejecutar; añado que aun en eso estáis convencidos de irreligiosidad para con vuestros dioses, pues tributáis mayor reverencia a un señor humano. Entre vosotros, finalmente, antes se perjura por todos los dioses que por el único genio del César.

A. ACTITUD DE LOS CRISTIANOS RESPECTO AL EMPERADOR.

1. Los dioses nada pueden en pro del emperador, y no se le falta no sacrificando por él a dioses impotentes.

(Cap. XXIX.) Conste, pues, lo primero: si esos dioses a quienes se sacrifica son capaces de conceder la salud al emperador o a un hombre cualquiera, podréis entonces achacarnos crimen de lesa majestad. Si los ángeles caídos o los demonios, espíritus pésimos por naturaleza, hacen algún beneficio, si perdidos ellos salvan, si condenados libran, si finalmente —lo que está en vuestra conciencia—, si muertos protegen a los vivos, ciertamente lo primero habrían de proteger a sus

propias estatuas e imágenes y templos, lo que creo se conservan merced a la protección de la guardia que los Césares les prestan. Estimo también que la materia misma de las minas de los Césares proviene y que todos los templos perduran por voluntad del César. Por fin, muchos dioses tuvieron al César contra sí airado, y abona también mi causa, si le hallan propicio, cuando les ha otorgado alguna liberalidad o algún privilegio. Y así los que bajo el dominio del César están dependiendo de él en todo, ¿cómo tendrán la salud del César en sus manos para que ellos se la den, siendo ellos los que más fácilmente la consiguen del César?⁹⁹

Atentamos, pues, contra la majestad de los emperadores por no someternos a sus cosas, porque no jugamos con su salud al no creer que están en poder de manos soldadas con plomo.

Y vosotros sois religiosos por buscarla donde no está y pedirla de quien no puede darla, olvidando a Aquél en cuyo poder está. Es más: ¡declaráis la guerra a los que saben pedirla, a los que además saben alcanzarla porque saben pedirla!

2. Los cristianos oran por el emperador al Dios verdadero, que es omnipotente.

(*Cap. XXX.*) Porque nosotros invocamos por la salud de los emperadores al Dios eterno, al Dios verdadero, al Dios vivo, al que los mismos emperadores prefieren tener propicio antes que a todos los demás. Saben que El les ha dado el Imperio; saben, en cuanto hombres, quién les ha otorgado también la vida; sienten ser El el único Dios, bajo cuyo único poder están, viniendo en segundo lugar en pos de El y siendo los primeros, después de El, antes que todos y sobre todos los dioses.

Y ¿por qué no, si están sobre todos los hombres que ciertamente viven y sobre los muertos? Recapacitan hasta dónde alcanzan las fuerzas de su mando y ven así cómo Dios existe, reconociendo que contra El nada pueden y que por El son poderosos.

99. Cuéntase que Calígula tenía celos de Júpiter Capitolino y que le decía amenazándole: "O me quitas o te quito." Este mismo emperador hizo decapitar las estatuas de los dioses traídas de Grecia, especialmente la de Júpiter, reemplazándola por la suya. (Suetonio.)

Finalmente, que el emperador declare al cielo la guerra, que arrastre triunfante al cielo cautivo, que ponga centinelas en el firmamento, que le imponga tributos. No lo puede: es grande por ser menor que el cielo:

IDEO MAGNUS EST
QUIA CÆLO MINOR EST.

El mismo es de Aquel de quien es el cielo y toda criatura. De allí es el emperador, de donde es el hombre antes de ser emperador; de allí le viene el poder, de donde el respiro:

INDE POTESTAS ILLI,
UNDE ET SPIRITUS.

Allí miran los cristianos MANOS EXTENDIDAS, POR SER INOCENTES 100; CABEZA DESCUBIERTA, PORQUE NO TENEMOS DE QUÉ SONROJARNOS; FINALMENTE SIN REPETIDOR, PORQUE ORAMOS CON EL CORAZÓN ¹⁰¹. Pedimos todos siempre por todos los emperadores larga vida, Imperio tranquilo, palacio seguro, Ejército fuerte, Senado fiel, pueblo leal, orbe apaciguado y todo cuanto puede un hombre y un César anhelar.

Estas cosas no las puedo pedir sino del que sé que he de conseguirlas, por ser El el único que las da y yo el que debe implorarlas; yo, su siervo, siendo el único que guardo sus mandamientos, que muero por su Ley, que le ofrezco una víctima ópima y mayor, la que El mismo mandó, una oración procedente de carne casta, de alma inocente, de Espíritu Santo. No son granos de incienso de lágrimas de un árbol de Arabia, ni dos gotas de generoso vino, ni sangre de un buey de desecho que sólo desea morir, ni, tras de todas estas cosas inmundas, una conciencia sucia.

Me asombro cuando entre vosotros se prueban las hostias por viciosísimos sacerdotes. ¿Por qué no se examinan más bien las entrañas de los propios sacrificantes que las de las víctimas? ¹⁰²

Así, pues, cuando oramos a Dios brazos en alto desgárrennos los garfios. cuélguenos las cruces, lámannos los fuegos, córtennos el cuello las espadas, brinquen sobre nosotros las fieras. PREPARADO ESTÁ PARA CUALQUIER SUPLICIO EL CRISTIANO EN ACTITUD ORANTE. ¡Animo,

100. Efectivamente, en esta bella y expresiva actitud se ven las orantes de las catacumbas y sigue todavía orando el sacerdote en la liturgia de la misa.

101. "De pectore oramus". La oración cristiana no es larga y vana palabrería; es la íntima vibración del espíritu traducida en palabras de la boca, en gestos del cuerpo, en latidos del corazón.

buenos presidentes! Arrancad el alma que a Dios suplica por el emperador. Aquí está el crimen donde está la verdad de Dios y la fidelidad a El.

Las divinas Escrituras imponen al cristiano como un deber el orar por los príncipes y gobernantes.

(*Cap. XXXI.*) Pero quizás acabamos de adular al emperador fingiendo los votos de que hemos hablado para evadir el suplicio.

Esta falacia vuestra ciertamente no es muy útil, pues no permitís, al hacerla, probar cuanto sostenemos. Vosotros, pues, que pensáis no nos preocupamos lo más mínimo de la salud de los Césares, examinad las voces de Dios, nuestras Escrituras, las que nosotros no ocultamos y más de un percance las hace caer en manos de extraños.

Sábetse que según ellas es para nosotros un precepto, que lleva a su colmo la benignidad, el de orar a Dios aun por los enemigos y el pedir bienes para nuestros perseguidores. Y ¿quiénes más enemigos y perseguidores de cristianos que aquellos ante los cuales se nos acusa de crimen de lesa majestad?

Y aun se nos dice precisa y manifiestamente: “Orad por los reyes y por los príncipes y los poderes, a fin de que todo sea para vosotros tranquilo” ¹⁰². En efecto, cuando el Imperio se derrumba caen todos sus miembros, y nosotros con ellos, aunque extraños a las turbas, nos hallamos en algún lugar envueltos en la ruina.

3. No pueden jurar los cristianos por el genio del emperador, porque el “genio” es un demonio, pero sí por su salud.

(*Cap. XXXII.*) Pero tenemos aún otro motivo más apremiante de orar por los emperadores, por la conservación de todo el Imperio y los intereses romanos, pues sabemos que la máxima catástrofe suspensa sobre el orbe universo y la clausura misma del tiempo, que con ho-

102. Las *exta* o *harus* que los harúspices examinaban eran el hígado, la hiel, los pulmones, el estómago y los intestinos. Eso se quemaba en el ara; las vísceras o carne comestible se comían.

103. Inculcan esto repetidamente San Pablo y San Pedro en sus epístolas.

rendas calamidades nos amenaza, se retardan en atención al Imperio romano ¹⁰⁴. Por donde favorecemos a la duración del Imperio romano al suplicar sea diferida, no queriendo tampoco experimentarla nosotros. Y hasta juramos si no por el genio de los Césares, al menos por su salud, más augusta que todos los genios. ¿Ignoráis que los genios se llaman *démonas* o, por emplear el término diminutivo, *demonia*? Nosotros respetamos en los emperadores el juicio de Dios, quien los puso al frente de los pueblos. Sabemos que hay en ellos lo que Dios ha querido haya, por lo que queremos la conservación de los que Dios quiso, y tenemos éstos por gran juramento. En cuanto a los demonios, o sea, los genios, solemos conjurarlos para expulsarlos de los hombres, mas no jurar por ellos prestándoles honores divinos.

4. No pueden los cristianos ver en el emperador un dios, pero sí un elegido de Dios, que merece el mayor respeto.

(*Cap. XXXIII.*) Mas ¿para qué habré de seguir hablando yo de la religión y de la cristiana piedad respecto al emperador, a quien es necesario miremos como a persona por Nuestro Señor elegida? Y con razón podría decir: El César es más nuestro que de nadie, pues Nuestro Señor le ha constituido.

Por donde tanto más coopero yo por su salud cuanto no sólo la pido para él de Aquél que darla puede o en cuanto la pido siendo tal que merezca impetrarla, sino también en cuanto que poniendo a la majestad del César debajo de Dios, con ello le encomiendo mejor a Dios, pues a El solo le someto. Someto, en efecto, al que no igualo. Y no diré ser dios el emperador, ya por no saber mentir, ya porque no oso burlarme de él, bien porque ni él mismo quisiera ser llamado dios. Si es hombre, interés suyo es el ceder ante Dios: bástele ser llamado emperador. Grande es también nombre, regalo de Dios. Niega al emperador quien dice que es dios. Si no es hombre tampoco es emperador. Aun cuando va triunfante en aquella magnífica carroza se le

104. Tertuliano y muchos otros, interpretando mal el *quitenet* de San Pablo (Thesal., II, 7-8), creían que lo que dice del mundo y de su fin en general se aplicaba al imperio romano, que había de durar hasta el fin de los siglos. Tal era la importancia que atribuían a la supervivencia de aquel coloso político; abatido éste, pensaban se derrumbaría todo.

advierde que es hombre, porque a la espalda se le va diciendo por lo bajo: “¡Mira en pos de ti! ¡Acuérdate que eres hombre!”¹⁰⁵. Y ciertamente tanto mayor es su gozo viéndose brillar con tanta gloria que es necesario amonestarle acerca de su condición. Menos grande fuera si entonces se le llamase dios, porque no se lo llamarían con verdad. Más grande es cuando se le recuerda que no debe tenerse por un dios.

5. Los cristianos no pueden llamar al emperador ni señor ni maestro ni dios, nombres exclusivos de Dios.

(*Cap. XXXIV.*) Augusto, el fundador del Imperio, ni siquiera quería le llamasen “señor”, siendo también este sobrenombre propio de Dios. Llamaré, sí, señor al emperador, pero al modo usual y cuando no me veo precisado a dárselo en el sentido mismo en que se lo doy a Dios. Por lo demás, libre soy para con él: un solo Señor tengo, Dios omnipotente y eterno, el mismo que él también tiene.

Quien es el “padre de la patria”, ¿cómo puede ser el señor? Pero es más agradable un nombre de piedad que de potestad: aun dentro de la familia, llámaseles más bien padres que señores. Tan lejos está el que se deba llamar dios al emperador, lo que no puede creer la más vergonzosa y perniciosa de las adulaciones. Si teniendo un emperador llamas así a otro, ¿no contraes una gravísima e inexorable ofensa ante el que es en realidad tu emperador?

Sé religioso con Dios, tú que quieres sea El propicio con el emperador. Deja de adorar o de creer en otro y, por tanto, de llamar dios al que necesita de Dios. Si tamaña adulación no se avergüenza de la mentira, al llamar dios a un hombre, tema siquiera un infausto suceso. Acarrea maldición el llamar dios al emperador antes de la apoteosis¹⁰⁶.

105. Una reminiscencia de esto tenemos todavía en la ceremonia de la consagración de los Papas. “¡Qué majestad en este lenguaje!... Jamás la elocuencia profana, aun en sus más bellos momentos, se ha elevado a tales alturas.” (Mgr. Freppel.)

106. Si el hijo de Divus Julius fue consagrado por el Senado *Divus Augustus* (santo), antes del siglo III ningún emperador quiso llevar en vida el título de dios sino a segundas de la admisión en Roma de los dioses forasteros. Aureliano (año 200) empezó a llamarse “deus et dominus natus”. Después de la muerte de un príncipe, el Senado hacía su apoteosis o consagración, introduciéndole entre los dioses, o bien “abolía su memoria”.

B. LOS CRISTIANOS ANTE EL ESTADO.

1. No puede acusarse a los cristianos de ser enemigos del Estado por no asistir a los festejos imperiales, que son, o escandalosos, o hipócritas.

(*Cap. XXXV.*) Así que los cristianos son enemigos públicos, por cuanto no tributan honores ni mentirosos ni temerarios a los emperadores, pues, como hombres que tienen la verdadera religión, celebran las fiestas de los emperadores en su intimidad, no en medio de las orgías.

Grandioso homenaje, ciertamente, el sacar a pública calle los braseros y divanes, el banquetear en los barrios, el transformar la ciudad en taberna, el convertir en vino el lodo, el correr en cuadrillas para entregarse a las injurias, a las indecencias, a los placeres del vicio. ¡Así se expresa la pública alegría por la pública desvergüenza! Y si esto no conviene a los demás días, ¿convendrá a los días solemnes¹⁰⁷ de los príncipes? ¿Los que observan la ley por respeto al César la descuidarán ahora por causa del César y la licencia para el desenfreno será piedad? ¿A la ocasión de lujuria se la reputará fiesta religiosa?

¡Oh, cuán justamente seremos condenados! ¿Por qué, pues, nos escurrimos de pagar nuestros votos y gozos por los Césares y celebramos sus fiestas sin dejar de ser castos, sobrios y decentes? ¿Por qué en el día de la alegría no sombreamos con laurel nuestros dinteles ni hacemos palidecer al día con nuestras antorchas? ¿Honesta cosa es, cuando la solemnidad pública lo exige, dar a tu casa el aspecto de algún nuevo lupanar?¹⁰⁸

Y, sin embargo, en el culto que a esa segunda majestad tributáis, que se nos acusa a nosotros, cristianos, de ofender con un segundo sacrilegio por no prestarnos a celebrar con vosotros las fiestas de los emperadores en forma tal que ni la modestia lo permite, ni la vergüenza, ni el pudor, pero que os ha aconsejado el afán del goce más que la digna razón; en ese culto, digo, quisiera mostrar hasta dónde alcanzan vuestra buena fe y sinceridad para ver si aún en eso los que no nos quieren tener por romanos, e incluso nos tildan de hostiles a los empe-

107. Días solemnes eran el *Natalis Caesaris* y el *Natalis Imperii*, como también los "Vota pública", en que se hacían en el Capitolio sacrificios y oraciones por la salud de la República.

108. Lupanar: de *lupa*, loba o meretriz.

radores, no serán aún en esto sorprendidos como peores que los cristianos.

Emplazo a los mismos Quirites ¹⁰⁹ y a la misma plebe que puebla las siete colinas (de Roma): ¿Hay por ventura algún César suyo al que haya perdonado la lengua de los romanos? Testigo es el Tíber ¹¹⁰ y las escuelas de los bestiarios ¹¹¹. Y si naturaleza hubiera puesto ante los corazones una especie de espejo que transparentase los pensamientos, ¿qué romano hay en cuyo corazón no se viera grabada la escena de un César sucediendo sin interrupción a otro César y presidiendo a la distribución del congiario ¹¹², y eso en el momento mismo en que aclaman: “¡De nuestros años te añada años Júpiter!”.

No sabe decir esto un cristiano, como tampoco sabe desear nuevo emperador.

Pero dices: “Es el vulgo.”

Pase como vulgo, aunque son romanos y no hay nadie tan rabioso contra los cristianos como la plebe. En apariencia, las otras clases del Estado son sinceramente religiosas en proporción de su elevación: ninguna hostilidad proviene del Senado mismo, del orden ecuestre, de los campamentos, de los palacios. ¿De dónde salieron los Casios y los Negros y los Albinos? ¹¹³ ¿De dónde los que en el lugar, “entre los dos laureles”, atacan al César? ¿De dónde los que, para ejercicio de palestra, le estrujan el cuello? ¿De dónde los que irrumpen armados

109. Llamábase Quirites al pueblo romano en general. *Populus Romanus Quiritium*; de *quiris* o *curis*, lanza, o de Cures, ciudad situada en una de las siete colinas de Roma.

110. Rozando con las márgenes del Tíber estaban los barrios populares de Roma: el Velabro con su foro *boario*, donde se vendían bueyes y ovejas, y su foro *olitorio* para el mercado de frutos de la tierra. Próximo al Tíber estaba también el Campo Marcio, donde se reunían los comicios. El Circo Máximo y el Circo Flaminio no estaban tampoco lejos del río.

111. Escuelas de bestiarios, donde se entrenaban los venatores o bestiarios a la caza de las fieras en el circo.

112. Congiario eran las distribuciones extraordinarias de dinero, trigo, vino, aceite, sal, carne, etc., hechas a la plebe urbana. Viene de *congius*, medida de 3 1/4 litros.

113. Cassio Avidio, sirio, se rebeló contra Marco Aurelio y mandó al ejército a las órdenes de Vero en la guerra contra los Partos. Luego, en 175, se proclamó emperador en Oriente; pero fue asesinado por sus oficiales. Pescenio Niger fue saludado emperador por las legiones en Oriente, pero fue muerto en 194 por Septimio Severo. D. Clodio Albino, proclamado emperador en la Galia, fue derrotado y muerto en Lyon en 197 después de Jesucristo.

en palacio, más audaces que todos los Sigerios y Partenios? ¹¹⁴ De los romanos, si no me equivoco, o sea, de los no cristianos.

Y lo que es más: hasta el punto mismo de estallar su impiedad, todos ellos ofrecían sacrificios por la salud del emperador y juraban por su genio, quiénes en público, quiénes en privado, ¡y seguramente daban a los cristianos el mote de enemigos de la sociedad!

Pero los mismos que aun ahora y a diario se revelan como cómplices y partidarios de alguna criminal conspiración, racimos por recoger tras de esa especie de vendimia de parricidas, ¿no cargaban sus dinteles con ramos de laurel los más verdes y frondosos? ¿Cómo ahumaban sus vestíbulos con las lámparas más altas y luminosas! ¿Cómo se repartían el foro, colocando en él los divanes más elegantes y soberbios; mas no para celebrar las públicas alegrías, sino para aprender a explayar la propia y en ajena fiesta inaugurar el ejemplo e imagen de la esperanza propia, trocando allá dentro del corazón el nombre del príncipe!

Los mismos deberes para con el emperador satisfacen también los que consultan a astrólogos y harúspices, augures y magos, acerca de la cabeza o vida de los césares, artes que, inventadas por los ángeles desertores y por Dios prohibidas, no emplean los cristianos ni en su propio interés.

¿Quién precisa escrutar acerca de la salud del César sino aquel que medita o desea algo contra ella, o quien algo espera o aguarda después de ella? Porque no se consulta con la misma idea acerca de las personas queridas que acerca de los señores ¹¹⁵; de un modo es curiosa la solicitud de la sangre, de otro la de la servidumbre.

2. Los cristianos quieren el bien del emperador, como quieren el de todos los hombres. Es su deber.

(Cap. XXXVI.) Si esto es así, si quedan convencidos de enemigos públicos los que se llamaban romanos, ¿por qué nosotros, reputados

114. Los soldados pretorianos invadieron el palacio donde estaba Pértinax, nombrado por Cómodo sucesor suyo en el Imperio, y le asesinaron en 193. Sigerio y Dión Casio o Partenio fueron los asesinos de Domiciano.

115. Consultar a magos y hechiceros sobre la salud del emperador fue castigado con pena capital por Septimio Severo.

como enemigos, no somos llamados romanos? No podemos ¹¹⁶ ser romanos y no ser enemigos al ser hallados enemigos los antes tenidos por romanos. Tan cierto es que la piedad y la religión y la fidelidad a los emperadores debidas no consisten en homenajes de esa especie. que aun la hostilidad puede tributar más como velo con que ocultarse. sino por la conducta que la civilidad (otros manuscritos. divinidad) nos obliga a observar respecto al emperador tan sinceramente como con todos. Porque no sólo a los emperadores debemos tributar homenajes, reflejo de nuestros buenos sentimientos. Hacemos el bien sin acepción de personas, porque por nosotros mismos lo hacemos. sin esperar que un hombre nos lo pague con sus alabanzas ni con premio. sino Dios, Juez y remunerador de una benignidad que no hace distinción. Los mismos somos con los emperadores que con los vecinos ¹¹⁷. Tenemos igualmente prohibido el querer mal, el hacer mal. el decir mal. el pensar mal de cualquiera. TODO CUANTO NO NOS ES LÍCITO CON EL EMPERADOR TAMPOCO LO ES CON NADIE. Y LO QUE CONTRA NADIE. MENOS CONTRA ÉL, QUE POR DON DE DIOS ES TAN GRANDE.

3. A pesar de poderse vengar, los cristianos no piensan hacerlo. No es su estilo.

(*Cap. XXXVII.*) Si, como arriba dijimos, tenemos mandado amar a los enemigos, ¿a quién habremos de odiar? Y también: si ofendidos no podemos devolver ofensa para no ser iguales en los hechos, luego ¿a quién podemos ofender? (Gobernadores.) Juzgad de esto vosotros mismos. ¡Cuántas veces os ensañáis con los cristianos. obedeciendo ora a vuestra animosidad personal o bien a vuestras leyes! ¡Cuántas veces, sin contar con vosotros, la chusma hostil no se ha precipitado sobre nosotros, por su propio impulso, con piedras y hachas encendidas! A modo de furias bacanales ¹¹⁸. ¡no perdonan ni a los cristianos muertos, llegando a arrancar del descanso de la sepultura, de ese

116. Argumentación un tanto sutil: el Estado tiene sus enemigos entre los mismos romanos. Ahora bien, se nos declara enemigos del Estado. Luego somos romanos.

117. Bellísima página sobre el igualitarismo y la dignidad cristiana. "Libertad, igualdad, fraternidad": bella trilogía, de la que tanto vienen abusando los demagogos en contra de la Iglesia: pero es precisamente la Iglesia católica la que más y mejor las ha predicado y practicado.

118. Eran tales los excesos del populacho en las bacanales o fiestas de Baco que el propio Senado prohibió tales cultos ya el año 186 antes de Jesucristo.

como asilo de la muerte, los descompuestos cadáveres, imposibles de identificar, desgarrándolos y haciéndolos tajadas!

Y sin embargo, ¿qué represión de tales ultrajes tenéis que reprochar a gentes que tan bien se entienden, que tanto valor despliegan hasta morir, cuando una sola noche, con algunas antorchas, bastaría a saciar ampliamente nuestra venganza si nos fuera permitido sacudirnos mal con mal?

Pero lejos de nosotros el pensar que una religión divina se sirva, para vengarse, de un fuego encendido por los hombres o que se duela de padecer aquello en que prueba ser tal. Porque si quisiéramos obrar no tanto como secretos vengadores, sino como enemigos declarados, ¿nos faltaría la fuerza del número y de guerreros? ¿Serán más numerosos que nosotros los moros, los marcomanos y los mismos partos o cualquier otro pueblo, por grande que sea, pero al fin confinados en un solo lugar y entre sus fronteras? ¿Son más que esta nación, a la que pertenece toda la tierra?

DE AYER SOMOS Y HEMOS LLENADO TODO LO VUESTRO: ciudades, islas, fortalezas, municipios, aldeas, los mismos campos, tribus, decurias, palacio, Senado, Foro; SÓLO OS HEMOS DEJADO LOS TEMPLOS. Podemos hacer el recuento de vuestros batallones ¹¹⁹; varios serán los de una sola provincia. Los que tan de buen ánimo nos prestamos a ser degollados, ¿qué no haríamos en cualquier guerra; a qué no estaríamos dispuestos, aun siendo dispares en número, si dentro de esta nuestra doctrina NO FUERA MEJOR SER MUERTOS QUE MATAR? Hubiéramos podido, sin recurso a las armas, apartándonos de vosotros, combatiros ya por el mero hecho de ese divorcio iracundo. Porque si tal masa de hombres hubiésemos roto con vosotros, yéndonos a establecer en cualquier remoto rincón de la tierra, la pérdida de tantos ciudadanos, cualesquiera que sean, hubiera ciertamente cubierto de vergüenza a los amos del mundo; más aún: tamaño abandono hubiera por sí solo bastado para castigarlos.

Sin duda alguna hubierais quedado espantados ante vuestra soledad, ante el silencio de las cosas y de ese como estupor del orbe muerto. Hubierais buscado en vano a quienes mandar. Os hubieran quedado más enemigos que ciudadanos, cuando ahora tenéis menos

119. *Números*, en sentido técnico, significaba las milicias locales, a diferencia de las legiones y tropas auxiliares. Aquí podría traducirse por batallones.

enemigos por causa de la multitud de los cristianos, ya que casi todos los ciudadanos que tenéis en casi todas las ciudades son cristianos.

Pero habéis preferido llamarlos enemigos del género humano más bien que del error humano.

Mas, ¿quién os arrebataría a esos enemigos ocultos que por doquier y siempre devastan vuestros espíritus y vuestra salud, o sea, esos demonios que nosotros arrojamus de vuestros cuerpos sin pedir recompensa ni salario? Nos hubiera bastado, en venganza, abandonar a esos espíritus inmundos como a bien sin dueño ¹²⁰.

Pues bien, sin pensar en una compensación por auxilio tan precioso, sin deciros que, lejos de seros gravosa, nuestra raza os es necesaria, habéis vosotros preferido conceptuarnos enemigos, y ciertamente lo somos no ya del género humano, sino del error.

4. Los cristianos no perturban al Estado, por cuanto no aspiran a puestos ni dignidades.

(*Cap. XXXVIII.*) Por tanto, no procedía tampoco, si quería usarse de un poco de lenidad, contar entre las facciones ilícitas a esta "secta", la que nada hace de cuanto suele temerse de las facciones prohibidas ¹²¹.

Y es que, si no me equivoco, la causa de prohibirse las facciones es el proveer por el orden público, a fin de que la sociedad no se divida en partidos, los que fácilmente turbarían los comicios, las asambleas populares, las curias, los mismos espectáculos, por el choque de apetencias rivales cuando ya los ciudadanos habían comenzado a traficar con el concurso de su violencia venal y mercenaria.

Mas en cuanto a nosotros, a quienes la pasión de gloria y de honores nos deja fríos, nada nos es tan indiferente como la cosa pública ¹²². UNA SOLA REPÚBLICA CONOCEMOS A TODOS COMÚN: EL MUNDO.

120. Por aquí se ve cuán grande era la influencia diabólica en el paganismo y cómo los cristianos, con sus exorcismos, curaban esta plaga y eran benéficos a la sociedad.

121. Ya Julio César había suprimido todos los colegios y hermandades que no fuesen antiguas, por incubarse en ellas sediciones. Exceptuábase, sin embargo, a los colegios funerarios.

122. No quiere decir Tertuliano que al cristiano no le interese la patria ni el bien aun material de la sociedad dentro de la cual vive, ni que sea internacional al modo de los comunistas. Bien debe ser así atendiendo al contexto con otros lugares del libro.

Renunciamos igualmente a vuestros espectáculos, por cuanto renunciamos a las supersticiones que sabemos les dieron origen, y somos extraños a todo cuanto en ellos ocurre. Nada tienen que ver nuestra lengua, vista y oídos con el frenesí del circo, con la lascivia del teatro, con la atrocidad de la arena, con la frivolidad del xisto ¹²³.

¿En qué os ofendemos al preferir distintas diversiones? Y, en fin, si no queremos divertirnos, el perjuicio para nosotros será, si perjuicio hay en ello, y no para vosotros.

Pero *decís*: “Reprobamos lo que os gusta.” Tampoco a vosotros os gusta lo nuestro. Permitiéndose, sin embargo, a los epicúreos decretar una nueva teoría sobre el placer, que es la quietud del alma ¹²⁴.

5. La comunidad cristiana es inofensiva. Admirable cuadro de la vida que lleva.

(*Cap. XXXIX.*) Comenzaré ya a exponer yo mismo las ocupaciones de la “facción cristiana”, por donde, habiendo refutado el mal, demostraré el bien.

Somos una corporación, CORPUS SUMUS ¹²⁵, por la comunidad de religión, la unidad de disciplina y el vínculo de una esperanza. Nos juntamos en asamblea y congregación para ASALTAR A DIOS CON NUESTRAS ORACIONES COMO A CARGA CERRADA. ESTA VIOLENCIA ES A DIOS GRATA: *Haec vis Deo grata est*. Oramos también por los emperadores, por sus ministros y por las autoridades, por el estado presente del siglo, por la paz del mundo, por la dilación del fin ¹²⁶.

Nos reunimos para recordar las Divinas Letras, por si la índole de los tiempos presentes nos obliga a buscar en ellas o premoniciones *para el futuro* o explicaciones *del pasado*. Es cierto que con esas santas palabras apacentamos nuestra fe, *fidem sanctis vocibus pascimus*,

123. Xisto llamaban a la galería cubierta del gimnasio donde se entrenaban los atletas.

124. La llamaban en griego *ataraxia* o *apraxia*.

125. Solemne y lapidaria afirmación del Cuerpo místico de Cristo paulino. He ahí el secreto de la fuerza del cristianismo: formamos todos un cuerpo como miembros que tienen a Cristo por espiritual Cabeza. Con eso, invencibles y grandes y santos y dioses por participación que da la gracia, ya que no la naturaleza.

126. Curiosa petición la de aquellos antiguos cristianos que oraban por que el fin del mundo viniera más tarde. Y tenían razón: con ello el número de los justos podrá ser mayor y mayor también la glorificación de Dios Creador, Redentor y Remunerador.